



HIPÓLITO UNANUE Y PAVÓN

Y LA CONSTRUCCIÓN
DEL ESTADO PERUANO

CARMEN MC EVOY
Doctora en Historia Latinoamericana
cmcevoy@sewanee.edu

Este artículo está dedicado al personaje acuñado en la segunda moneda de la serie numismática Constructores de la República, Bicentenario 1821-2021: Hipólito Unanue y Pavón. Su fructífera vida científica, intelectual y política condensa el desarrollo de múltiples campos de estudios del Perú.

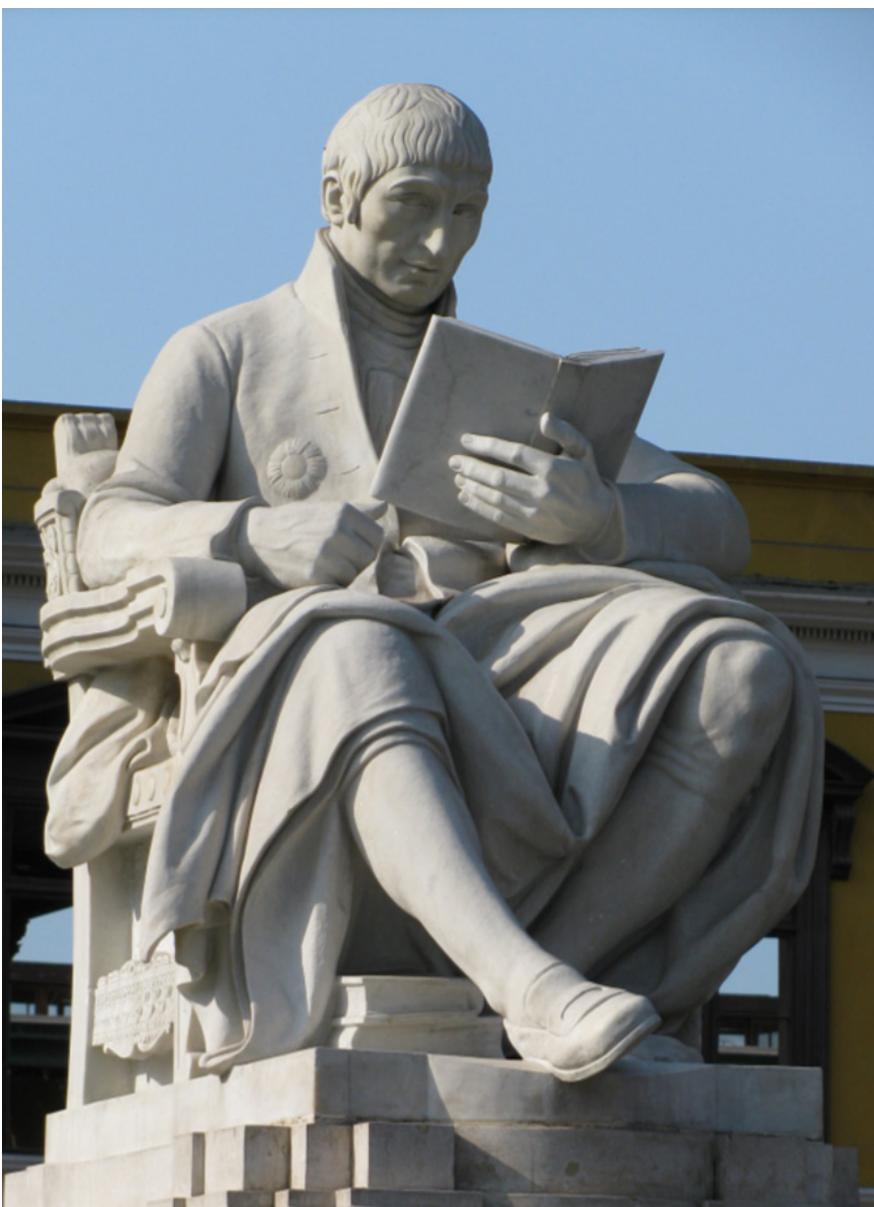
En él se encuentra la figura del médico, político, estadista, formador de opinión pública y, entre sus labores menos conocidas, el economista. Sin duda, una mente genial que aportó a la construcción de las bases del Estado peruano, desde la colonia e inicios de la república.

Hipólito Unanue y Pavón, nacido en Arica en 1755 y fallecido en Cañete en el invierno de 1833, es una de las figuras preclaras de la Ilustración hispanoamericana. El fundador y editor de la revista *Mercurio Peruano* (1791-1795) fue un hombre de Estado que largamente superó en conocimiento, experiencia y legado político-intelectual a otros ilustrados de la región. Hijo de Antonio Unanue de Montalivet, un vasco vinculado a la pesca y a la industria naval, y de la ariqueña Manuela Pavón y Salgado, el futuro asesor de virreyes y presidentes estudió en el Seminario de San Jerónimo (Arequipa), donde se formó en Humanidades, Filosofía y Principios de Jurisprudencia. Luego de esta educación, a todas luces fundamental en su formación intelectual, el joven Unanue viajó a Lima con el apoyo del obispo Diego Salguero de Cabrera. En la capital virreinal ingresó a la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, donde estudió con el gran médico Gabriel Moreno y de la cual se graduó de galeno en 1783. Desde ese momento, que coincide

con la turbulencia provocada por la revolución de Túpac Amaru, el talento, inteligencia y don de gentes de Unanue lo posicionarían en los más altos cargos de la estructura virreinal.

Existe consenso entre los historiadores de las ideas del Perú en caracterizar a los jóvenes ideólogos y científicos que se agruparon alrededor de Hipólito Unanue —en la Sociedad de Amantes del País, en el *Mercurio Peruano*, en el Anfiteatro Anatómico y, más adelante, en el Colegio de Medicina de San Fernando y en la Sociedad Patriótica de Lima— como fundadores de ese pensamiento ilustrado, a partir del cual se constituyó más adelante la idea del Perú como una república independiente y moderna. Como consecuencia de ello, los médicos y filósofos peruanos construyeron su propia autoridad política y científica en el período de tránsito entre colonia y república. El historiador Adam Warren observa cómo, a partir de 1750, aquello que se ha dado en llamar la “comunidad científica peruana” empezó a manifestarse políticamente y a publicar en abundancia sobre temas médicos y de salud pública.

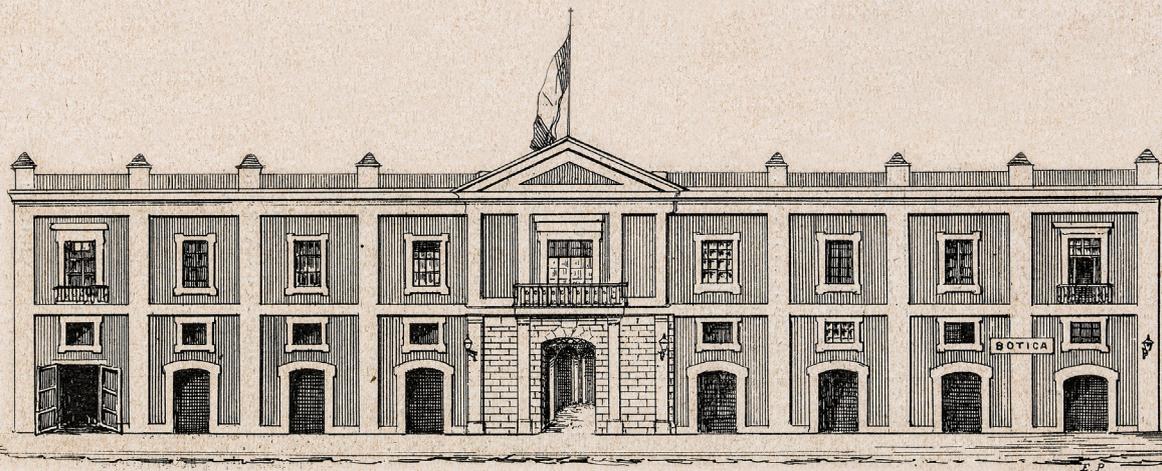
El humanismo de Unanue y su gran amor por los clásicos y por la ciencia se hacen evidentes desde los tiempos del *Mercurio Peruano*, una revista que intentará balancear las ideas con propuestas económicas concretas. La etapa previa a la disolución de los vínculos imperiales, con su punto de inflexión durante la “primavera gaditana”, es única por la posibilidad de percibir la transformación cultural que la puesta en marcha de las Reformas Borbónicas provocó en el tejido social limeño. De aquellos intensos años de producción cultural nativa data la publicación de dicha revista, uno de los esfuerzos intelectuales más ricos y consistentes en el Perú. La propuesta del *Mercurio*, del cual Unanue es director y editor, significó una reconceptualización de la esfera pública. Tímidamente, los mercuristas esbozaron una nueva representación del orden político al articular un discurso que, además de reformular las relaciones de poder (letrados-autoridad colonial), fue capaz de proveer de nuevos significados al acto de escribir, de imprimir y de publicar. En el Prospecto de presentación del *Mercurio*, publicado el 2 de enero de 1791, se señaló claramente la importancia del desempeño de los periódicos en el proceso de pensar la nación. En “Idea general del Perú”, el artículo con el que se inauguró la revista, se señaló la necesidad de hacer conocido al país “contra el cual los autores extranjeros” habían publicado “tanto paralogismo”. La noción manejada por el cuerpo de redactores del periódico, que aparecía los jueves y domingos de cada semana, era que la publicación debía subsanar dichos errores, abriendo la discusión intelectual a un público más



Monumento a Hipólito Unanue (1931).

Escultura de Manuel Piqueras Cotolí.

Fotografía: Peter Burka.



ESCUELA NACIONAL de MEDICINA .

amplio que el meramente erudito. Es decir, a lo que los mercuristas apuntaron fue a crear una esfera pública donde las ideas podían ser intercambiadas. La meta principal, y acá debemos relevar a Unanue el periodista, fue romper el aislamiento en el que se encontraban los intelectuales nativos.

Los cambios en el discurso literario plasmado en el Mercurio Peruano fueron un reflejo de las profundas transformaciones que atravesó la capital del virreinato peruano. En efecto, 1791, año en que aparece el periódico, coincidió no solo con la puesta en marcha del censo ordenado por el virrey Francisco Gil de Taboada, del cual Hipólito Unanue fue asesor, sino con la inauguración del hermoso jardín botánico capitalino. Unos años antes, en 1787, el intendente Jorge Escobedo, siguiendo la tendencia inaugurada con las Reformas Borbónicas, ordenó la confección de un mapa de la capital del virreinato. En uno de los artículos más reveladores por los cuadros estadísticos que insertó, “Reflexiones históricas y políticas sobre el estado de la población de esta capital”, un redactor del Mercurio Peruano subrayó que “la libertad de comercio” había dotado a la Ciudad de los Reyes de importantes “recursos para la manutención y comodidades de la vida”.

Un evento fundamental en el proceso de búsqueda de autonomía de los médicos y filósofos naturalistas peruanos, algunos de los cuales colaboraron en el Mercurio, fue la inauguración del Anfiteatro Anatómico de Lima. La apertura, el 21 de noviembre de 1792, de lo que fue tan solo un pequeño cuarto en el Hospital Real de San Andrés, es una prueba del pobre estado de la medicina peruana, pero también un ejemplo concreto de las habilidades políticas y la enorme influencia que Unanue empezaría a ejercer en el núcleo del poder virreinal. La convergencia de ambiciones criollas e impulsos reformistas de la Corona colaboraron en la consecución de un espacio para la ciencia nativa. En el discurso titulado “Decadencia y restauración del Perú”, pronunciado justamente en la inauguración del anfiteatro, Unanue mostró su agradecimiento al mecenazgo del virrey, ante el cual confesaba hallarse “absorto en la incomparable beneficencia, y en el esplendor del sabio gobierno”.

El ilustrado peruano describió al anfiteatro como un “templo” donde se cultivarían “las artes y las ciencias” y donde florecerían “la Mineralogía, Mecánica, Arquitectura, Física y Química”. Para Unanue, el virreinato peruano no podía prescindir del pensamiento científico por ser este el complemento no solo de la “Ciencia del Gobierno”, sino de la “Humanidad”.

Bajo su liderazgo, los estudiantes peruanos de medicina concurren al anfiteatro con la finalidad de observar disecciones de cadáveres, las que ocurrían dos veces a la semana. Las clases prácticas, que tomaban dos años, iban acompañadas de lecturas sobre anatomía, putrefacción y antisepsia. Es importante anotar que en los cadáveres, que incluso se usaron para efectuar operaciones quirúrgicas, era posible conocer el enlace y los oficios de los distintos órganos que componían el cuerpo humano; en qué consistía su mutua dependencia; con qué se auxiliaban o dañaban unos a otros; cuáles eran las verdaderas causas que fomentaban o destruían la armonía y cuál era el modo de restaurarla. El académico José Carlos Ballón sostiene que la visión de la racionalidad en Unanue y sus discípulos es análoga a su mirada de la naturaleza como una estructura orgánica compleja, entrelazada por relaciones funcionales que generan propiedades emergentes como en un ser vivo y que, por lo tanto, posee una historia evolutiva y en algún sentido teleológica. La idea de un escalonamiento gradual y continuo de la sensibilidad a la racionalidad se sostiene en la visión genética que Unanue tiene de la naturaleza: un inmenso organismo vivo, fundamento de todos los raciocinios y resultados fisiológicos.

A pesar de que logró atraer un gran número de estudiantes —se dieron nueve títulos de medicina entre 1792-1809—, las resistencias de una fracción muy tradicional de sus colegas, así como la falta de fondos públicos (los profesores en el Anfiteatro Anatómico no cobraban estipendios por sus servicios), hicieron extremadamente difícil la puesta en marcha de su proyecto. En 1808, y con el apoyo de un nuevo mecenas, el virrey Abascal, se lograron recolectar ochenta mil pesos para la ejecución del Real Colegio de Medicina y Cirugía

Grabado de la Escuela Nacional de Medicina (1858).
Estadística General de Lima de Manuel Atanasio Fuentes.



Estampilla conmemorativa a Hipólito Unanue y Pavón.

de San Fernando. Sin embargo, lo que resulta novedoso de esta empresa académica es que se diseñó un plan mediante el cual los pueblos que Grabado de la Escuela Nacional de Medicina (1858). Estadística General de Lima de Manuel Atanasio Fuentes. financiaban su educación recibían médicos entrenados en Lima.

Cuando Hipólito Unanue concluyó en 1813 su carrera académica, casi todos los profesores de San Fernando —como es el caso de los ya conocidos disertantes de la Sociedad Patriótica de Lima, Miguel Tafur, Félix Devoti y José Gregorio Paredes— eran antiguos estudiantes o asociados en el Anfiteatro Anatómico. Hacia 1820, el Colegio de San Fernando tenía enrolados a más de sesenta estudiantes y había otorgado 15 grados de bachiller y una licenciatura en medicina. Durante un período similar, el protomedicato licenció a diez doctores, cuarenta y cuatro cirujanos y veinte farmacéuticos, todos ellos graduados de San Fernando. Woodman afirma que sería imposible encontrar otro lapso

en el cual tantos peruanos tan bien formados se incorporaron a la profesión médica.

Los fernandinos comenzaron a escribir para la prensa radical en 1810 y, dentro de ese contexto, el Colegio de San Fernando pasó a ser un núcleo de actividad rebelde. En sus reminiscencias, Miguel Tafur afirmó cómo un patriota mexicano fue escondido en sus instalaciones, por varios meses, sin que el virrey Abascal lo notara. En la medida en que los sucesos políticos en España fueron evolucionando, el Colegio de San Fernando y sus tertulias científicas, en las que se discutía el futuro del Perú y de la América hispana, se convirtieron en blanco del gobierno de su antiguo mecenas, Abascal. Producto de ello, Unanue, Paredes, José Pezet y Gabino Chalcaltana (profesor de anatomía de origen indígena) fueron denunciados como conspiradores y censurados en 1808. Cabe recordar que esta no era la primera vez que los fernandinos eran delatados de manera pública por deslealtad al sistema colonial: Devoti fue acusado de herejía en 1796 y a Tafur se le atribuyó la lectura de libros prohibidos en 1800. En una fecha posterior, Pezet sería denunciado como herético (1812) y, junto con Devoti, encarcelado por la Inquisición en 1820.

Como secretario del virrey Pezuela, Hipólito Unanue asistió a las conferencias realizadas en Miraflores, con los delegados de San Martín, quien posteriormente logró convencerlo de que la mejor opción para el Perú era la monarquía constitucional. Al declararse la independencia, miembros prominentes del grupo de los médicos firmaron el acta en el cabildo, e incluso el protomedicato la juró de manera colectiva. Así, la presencia de los médicos, como es el caso de José Gregorio Paredes, quien sirvió de enlace entre la Expedición Libertadora y los patriotas limeños, resulta muy lógica en la estructura del Gobierno protectoral. Lo que realmente cabe destacar es que el restablecimiento de la alianza entre la *intelligentzia* y el poder no se circunscribió al periodo en que el Perú fue administrado por San Martín, sino que se prolongó incluso hasta los años del proyecto bolivariano.

“

En todos los cargos que asumió, Unanue trabajó para consolidar el Estado peruano y sus instituciones, incluida la futura Cancillería de la República, a la que imagina como plataforma para posicionar al Perú en el mundo.

”



Moneda de la serie numismática "Constructores de la República Bicentenario 1821-2021" alusiva a Hipólito Unanue y Pavón.

Luego de proclamarse la independencia en la Plaza de Armas, el 28 de julio de 1821, el médico ariqueño fue nombrado ministro de Hacienda del Protectorado, el primero de la etapa republicana del Perú. En ese contexto, los fernandinos participaron activamente en la Sociedad Patriótica de Lima y, luego de la partida de San Martín, durante el primer Congreso Constituyente. Es así que ocho médicos, incluido Unanue, fueron elegidos como representantes en el Legislativo. A partir de los datos anteriores es posible afirmar que la comunidad científica limeña, articulada por Unanue, fue capaz de transformarse, durante la transición a la república, en un grupo de interés con objetivos muy concretos. Cabe recordar, por otro lado, que el proyecto de la comunidad científica limeña no se circunscribió a la elite blanca y criolla. Una meritocracia, hasta cierto punto bastante precoz, permitió la incorporación en el gremio de médicos a indígenas, como fue el caso de Chacaltana, e incluso a mulatos, como José Manuel Valdés. Al igual que lo ocurrido en la Sociedad Patriótica de Lima, el mundo de la ciencia privilegió el talento por sobre la jerarquía social.

Hipólito Unanue presidió la Asamblea Constituyente durante los años 1822- 1823, donde formó parte de la comisión que redactó las bases de la Constitución. Esta es una época de grandes conflictos: por un lado estaban los conservadores monárquicos, fieles a la Corona, y por el otro, los independentistas republicanos. En este contexto, el ilustrado ariqueño participó del enfrentamiento entre José Faustino Sánchez Carrión, de ideas liberales republicanas, y Bernardo de Monteagudo, con quien San Martín compartía la opinión de establecer una monarquía liberal. Unanue simpatizó con esta posición, de la cual manifiesta que "no era el único que pensaba así por el bien mismo del Perú".

El período que corre entre la salida de San Martín y la conformación del Congreso Constituyente del Perú está marcado por un debate ideológico y es ahí donde Unanue participa activamente como congresista con la elaboración de las ideas

vertidas, por ejemplo, en "Carácter del verdadero republicano". A su llegada a nuestro país, en 1823, Simón Bolívar lo llama a colaborar con su gobierno y el médico acepta. Su adhesión provoca una serie de críticas y se lo acusa de ayudar con los libertadores habiendo trabajado con los virreyes y de haber sido partidario de la monarquía constitucional. Lo que no se menciona es que, desde sus años de colaboración con el Mercurio Peruano, Unanue ve al Perú como una continuidad geográfica pero también cultural y política. Es por ello que no sorprende verlo asumiendo la vicepresidencia del Consejo de Gobierno formado por Bolívar y, ante la ausencia de José de La Mar, la conducción del Poder Ejecutivo.

En todos los cargos que asumió, Unanue trabajó para consolidar el Estado peruano y sus instituciones, incluida la futura Cancillería de la República, a la que imagina como plataforma para posicionar al Perú en el mundo. El historiador Jorge Basadre, que no oculta su admiración por el padre de la medicina peruana, señala que "continuó al lado de Bolívar durante casi dos años después de Ayacucho porque le obsesionaba la idea de conservar y consolidar la paz" y, acá se puede añadir, construir la estatidad que, como ilustrado, fue una de sus mayores preocupaciones. Luego de la partida de Bolívar, Unanue se retiró a Cañete, donde había heredado una hacienda con esclavos de una familia notable que, de esa manera, reconoció su labor pedagógica para con su hijo primogénito. En este espacio —que abre la controversia sobre los límites y contradicciones de la Ilustración peruana, tal como ocurrió con la estadounidense con Thomas Jefferson a la cabeza—, Unanue compartió conversación y recuerdos con Bernardo O'Higgins, su vecino y compañero en las jornadas en pos de la independencia, y falleció a los 78 años de edad, viendo al Perú en manos de los militares de turno y cuando se abría una nueva disputa contra los civiles, herederos del primer Congreso Constituyente que él con sus ideas modeló.